

Reflexiones sobre los géneros literarios de la Escritura

Concluye el P. Colunga en este artículo¹ su estudio sobre los géneros literarios de la Sagrada Escritura.

Continuando sus consideraciones sobre la exégesis de los apóstoles, examina algunos pasajes, en que citan la Escritura en sentido acomodaticio, que más bien debiera llamarse sentido de analogía. Esta acomodación se funda unas veces en la analogía de los hechos o ideas, y otras en la sola analogía de las palabras.

Así, por ejemplo, la cita de Jeremías en S. Mateo (2,17s.) a propósito de la muerte de los inocentes, se funda en la semejanza de las dos situaciones, la descrita por Jeremías en los capítulos 30 y 31 y la contada por el Evangelista, que presenta la segunda como realización de la primera.

Más íntima es la relación entre el pasaje de Isaías sobre el siervo paciente (Is 53,4): "Pero él ha tomado sobre sí nuestros males, ha cargado con nuestros dolores", y la aplicación que S. Mateo (8,17) hace del texto a los milagros del Salvador, que curaba todo género de dolencias físicas. El profeta miraba en sus palabras al mismo Mesías y a su obra de salud universal y a esta obra se enderezaban precisamente los milagros de Jesucristo.

La descripción que el Señor hace de su misión en Mateo 10,34s. está calcada en Miqueas 7,5 y la analogía es solamente verbal, pues el pensamiento del profeta y el de Jesucristo son enteramente opuestos.

Notable es el texto de Isaías (6,9s.) aplicado por Jesucristo y los Apóstoles a la actitud de los judíos enfrente del Evangelio. La semejanza entre la predicación de Isaías y sus resultados y la de Cristo es manifiesta y por eso el Señor aplica a las turbas (Mt 13,13s.) las palabras del profeta: con más razón las aplica S. Juan (12,40) a los judíos de Jerusalén, y San Pablo a los de Roma (Act 28,26s.).

La cita de S. Mateo (13,35) del salmo 78,2, está sugerida por el vocablo "parábolas" del salmo; y las palabras de Isaías

¹ A. COLUNGA: *Los géneros literarios de la Sda. Escritura*: Ciencia Tomista 70 (1946) 4-36.

en 29,13 las aplica el Salvador a sus oyentes, cuyo estado espiritual era parecido al de los oyentes de Isaías.

En el discurso apocalíptico (Mt 24 y paral.) describe el Señor las calamidades de los postreros tiempos con expresiones tomadas de los profetas. Lo mismo hace S. Juan en el Apocalipsis.

La semejanza entre la situación de Dios, cuando Zacarías describe su ministerio de pastor de Israel estimado en el vil precio de treinta siclos, con la del Hijo de Dios, vendido en igual cantidad por los judíos, es bien clara, y autoriza la cita del evangelista S. Mateo en 27,9s.

Cosa parecida puede decirse del otro texto de Zacarías 13,7 citado por S. Mateo y del último versículo de Isaías traído por S. Marcos 9,46 para pintar la pena de los condenados.

Los tres cánticos que S. Lucas intercala en el Evangelio de la infancia, prueban cómo sus autores estaban nutridos de los SS. Libros.

En S. Juan no faltan citas en sentido acomodaticio. Tales son la del salmo 69,10 en 2,17; la del 41,10 en 13,18 y la del 35,9 que el Salvador aplica a los judíos en 15,25.

Entre los salmos mesiánicos suele ponerse el 22, que es un lejano prenuncio del siervo de Dios paciente descrito en Isaías 53. De este salmo tomó Jesús las palabras con que se queja a su Padre (Mt 27,46) y del salmo 31,6 las otras con que entrega su espíritu a Dios. "Todos estos pasajes, dice el Padre Colunga, no pueden tomarse por profecías propiamente dichas, como comprenderá quien lea atentamente el texto de donde se derivan; pero, *por la semejanza* de las situaciones del Salvador y del salmista o del personaje justo de que se trata, se adaptan maravillosamente para expresar los sentimientos de Jesús y para poner más de relieve la armonía del Antiguo y el Nuevo Testamento. Tal vez en algunos de éstos se deba aún admitir, más que una simple acomodación fundada en la analogía, la explicación de un sentido literal implícito en la letra del Antiguo Testamento."

En los Hechos hallamos este mismo uso de la Escritura. Así, S. Pedro (Act 1,20) aplica a Judas las palabras imprecatorias del salmo 69,26 y las del 109,8. De la misma manera cita S. Pablo (Act 13,416) las palabras de Habacuc (1,5), aplicándolas al misterio del Evangelio que él predicaba.

En los textos de Isaías 10,22s. y 1,9 que S. Pablo cita en la carta a los Romanos (9,27.28) pudiera verse un sentido típico, teniendo en cuenta que el fundamento formal de este sentido es la semejanza entre el tipo y el antitipo. En el capítulo 10 de dicha carta (v. 5-8) glosa las palabras con que Moisés (Deut 30) exhorta al pueblo a la observancia de la ley con una acomodación manifiesta y digna de notarse. No lo es menos la manera cómo el Apóstol, en el mismo capítulo (v. 14-21), aplica varios textos del Deuteronomio y de Isaías a los judíos y a los gentiles.

El capítulo 11, que trata de la reprobación de Israel, ofre-

ce también varios textos empleados en sentido acomodaticio. Tales son Reg 19,18, Deut 29,4, Is 29,10 y Ps 69,23s. Los textos que cita al fin del capítulo (Is 59,20; 27,9) contienen una idea mesiánica, aunque S. Pablo los interpreta en un sentido amplísimo.

Digna también de notarse es la cita de Deut 25,4 en 1 Cor 9,9, las del salmo 24,2 y Deut 28,49 en 14,21; así como las de Isaías 28,2 y las que en el capítulo 15 aduce a propósito de la resurrección de Cristo (Is 25,8; Os 13,14).

Hermosa es la cita de Is 54,1 en Gal 4,27, donde el Apóstol aplica las palabras del profeta a la Iglesia cristiana, figurada por Sara. Simple acomodación verbal es la del salmo 68,19 en Eph 4,8.

Entre las citas en sentido típico, no tan frecuentes en el N. T., trae el autor la que S. Mateo en 2,15 hace del texto de Oseas (2,1) "De Egipto llamé a mi hijo", y la de Daniel 9,27, en el capítulo 24,15, cuando Cristo predice "la abominación de la desolación".

El cordero pascual sacrificado (Ex 12,46) es para S. Juan (19,36) tipo y figura del cordero de Dios muerto en la cruz. Para explicar el otro texto que en esta misma ocasión cita S. Juan de Zacarías 12,10, acepta el P. Colunga la explicación de A. von Hoonacker. Las idolatrías antiguas del pueblo serian, según esta interpretación, el tipo de los ultrajes sufridos por Jesucristo, de los cuales la lanzada vino a ser el último.

San Pablo en 1 Cor 10 ve en la historia israelítica del desierto una figura (tipo) de lo que más tarde, en los tiempos mesiánicos, había de suceder al pueblo judío. De semejante manera en los dos hijos de Abraham, uno tenido de Agar y otro de Sara, ve figurados los dos testamentos.

Consideración aparte merecen los textos citados en la carta a los Hebreos, por el modo peculiar de introducir los textos escriturísticos. Para probar en el capítulo primero la excelencia de Cristo, ministro de la revelación nueva, aduce en primer lugar las palabras: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy", tomadas del salmo 2,7, que es mesiánico. En segundo lugar acude a la promesa davídica en 2 Sam 7,14, texto también mesiánico, pero sólo por razón del término a que se ordenaba la dinastía davídica.

La cita del Deut 22,43, que sólo se lee en el texto griego, es una adaptación de las palabras sagradas para expresar la fe del autor en la divinidad de Jesucristo. La del versículo 7, tomada del salmo 104,4, está hecha en sentido acomodaticio, fundada en la versión de los LXX. El texto que sigue, tomado del salmo mesiánico 45,7s, se adapta bien a expresar la soberanía del Mesías y sus dotes excelentes, y lo mismo se diga del v. 8.

Los vv. 10-12 tomados del salmo 102,26-29 se ordenan más que a probar, a expresar la fe del escritor y de sus destinatarios en la divinidad del Salvador. El texto último, v. 13, to-

mado del salmo 110,1, lo citan varias veces los Apóstoles como mesiánico para expresar la exaltación de Cristo después de la resurrección.

Volviendo otra vez el Apóstol a comparar a los ángeles con Cristo, cita el salmo 8,5-7, que no es mesiánico, tomando de aquí ocasión para hablar del abatimiento de Cristo en su pasión, con que mereció ser coronado de gloria, a pesar de lo cual no se avergüenza de llamar hermanos suyos a los hombres, como aparece en el salmo 22,23 y en Is 8,17s.

En el capítulo 3.º, comparando a Cristo con Moisés, cita las palabras del salmo 95,7-11, y a continuación, para probar la exaltación de Cristo como Sumo Sacerdote, aduce el salmo 2,7 y el 110,4, ambos mesiánicos.

En el capítulo 7 nos presenta el Apóstol a Melquisédec como tipo de Cristo por el modo con que la Escritura describe su persona.

A la excelencia del sacerdocio de Cristo sigue la de ser mediador de mejor testamento, y a este propósito cita un largo pasaje de Jeremías (31,31-34), indudablemente mesiánico.

En los capítulos 9 y 10 considera la organización del culto mesiánico, aludiendo al tabernáculo, a la alianza y a la expiación. Todo ello era tipo de lo presente. Cristo con su sangre produce una santificación perfecta, que no era capaz de producir la sangre de los animales, como lo prueba con las palabras del salmo 40,7-9. Esta santificación es la que predijo también Zacarías en 31,34, con cuya cita termina el Apóstol esta sección.

Concluye S. Pablo de lo dicho el grave castigo que espera a los que desprecian la sangre de Cristo y cita a este propósito Deut 32,35s; Is 26,20, y Hab 2,3-4.

El capítulo 11 contiene una serie de ejemplares de la fe sacados de la historia antigua.

De todo su trabajo concluye el autor: "cuán varia y cuán rica era aquella inteligencia de las Sagradas Escrituras que el Señor comunicó a sus discípulos".

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.